

EVA P. VALENCIA

RECUÉRDAME

LOCA SEDUCCIÓN, II



zafiro

Índice

Portada
Biografía
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

Nota

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Biografía



Nací en Barcelona hace cuarenta años. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión aunque escritora de vocación. Soy madre de un precioso niño de 7 años —Aleix—, a quien dedico en cuerpo y alma: mi vida y mi obra. A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga Loca seducción. Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://www.evapvalencia.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/evamaria.pilarvalencia>
<https://www.facebook.com/groups/805318979501521/?fref=ts>

*A mi hijo,
con toda mi alma*

«Recordar es fácil para el que tiene memoria,
olvidar es difícil para quien tiene corazón.»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Prólogo

Sobresaltada, se despertó con la respiración entrecortada y los latidos de su corazón zumbando en sus oídos. Rápidamente, sus pupilas comenzaron a dilatarse, acostumbrándose a la luz proveniente del exterior de aquella pequeña ventana.

Alzó la cabeza y, mirando con recelo a su alrededor, se incorporó y permaneció sentada varios minutos. No se atrevía a moverse, no sin antes averiguar dónde se encontraba y cómo había llegado hasta allí.

De repente, un terrible dolor de cabeza se apoderó de ella. Cuando quiso colocar la mano sobre la sien para apaciguar aquel malestar, descubrió un vendaje que rodeaba parcialmente su frente.

Lo palpó con cuidado. Daba la impresión de que, bajo el apósito, había varios puntos de sutura. Confundida, quiso salir de la cama y, al apoyar el peso en una de sus manos, una pulsera de plástico asomó entre las mangas de su pijama.

Conmovida, retiró la tela para poder leer las palabras que habían inscritas en color negro:

Anderson, Noah
Albert Einstein Medical Center
Filadelfia
Fecha de ingreso: 24/12/2013

Abrió los ojos desconcertada.
«¿Quién demonios es Noah Anderson?»

1

6 de enero de 2014

Albert Einstein Medical Center, Filadelfia

—¡Clive! ¡Clive! ¡Noah ha despertado!

Clive abrió los ojos como platos y tragó saliva ruidosamente al tiempo que se quitaba el gorro, la bata y los guantes de operaciones, sin dejar de mirarse al espejo con un deje adusto y desabrido en el semblante.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó con la voz tan grave y amenazante que Jim incluso dio un paso atrás a modo de defensa.

«¡Maldita zorra! ¡Tenía que haber vaciado todo el cargador en su puta cabeza!», pensó para sus adentros sin poder evitar apretar la mandíbula con tanta fuerza que hizo chirriar sus muelas.

La presión arterial se le disparó de tal forma que un apreciable tic asomó en la comisura de su ojo derecho.

—Sí, Clive... es... es un milagro —dijo su compañero tan perplejo como emocionado. Conocía a su mujer desde hacía más de cinco años y, por supuesto, le tenía mucho aprecio.

Clive por fin alzó la vista y buscó los ojos de Jim a través del espejo.

—¿Y qué es lo primero que ha dicho?

Jim se encogió de hombros.

—Nada. No ha dicho nada.

Clive enarcó una ceja extrañado mientras acababa de lavarse las manos y luego las secaba con una de las toallas limpias que cogió del estante. Jim, después, prosiguió.

—No recuerda nada.

«¡Joder! —se echó a reír para sus adentros, aliviado—. Soy un puto afortunado...»

Jim sostuvo la puerta para que su compañero de fatigas atravesara el umbral y darle un par de palmaditas en la espalda.

—Clive. Nuestras plegarias han sido escuchadas. Dime, ¿cuántas probabilidades hay de que una persona sobreviva a un disparo en la cabeza? ¿Una entre...?

—Veinte... —acabó su frase.

—Exacto. —Lo miró de reojo. Por extraño que parecía, Clive no daba saltos de alegría. ¡Por el amor de Dios!, era su mujer y, pese a su amnesia, estaba viva.

El joven siguió caminando a su lado por el largo pasillo y luego continuó.

—Su padre está de camino.

—¿George? ¿No estaba en Roma?

—Tan pronto como ha recibido la noticia, ha cogido el primer vuelo.

—¿Y Charlize?

—Ella, de momento, se ha quedado allí.

Clive tosió y luego carraspeó para aclararse la voz. El catarro que arrastraba desde hacía días había dejado secuelas en sus pulmones y en su garganta.

Empezó a acelerar el paso.

—A ver si de una vez dejas el dichoso vicio. Tienes cuarenta y cuatro años, ya no eres un crío.

Él se rio.

Durante los seis largos meses de intensiva búsqueda del paradero de su mujer, había aumentado el número de cigarrillos negros que consumía. A día de hoy, se fumaba tres

paquetes diarios y esa cantidad iba in crescendo vertiginosamente.

—De seguir así, tendrás que operar con un cigarro en una mano y un bisturí en la otra —se burló divertido.

Clive no le contestó.

Jim Sanders era un hombre con un peculiar sentido del humor y su sarcasmo solía exasperar sus nervios. Clive, en más de una ocasión, le había advertido que no encontraba la gracia por ninguna parte a sus estúpidos comentarios y que algún día le partiría la cara, pero aún no lo había hecho porque significaría dejar de operar durante un tiempo, y su profesión y su reputación como cirujano jefe del Albert Einstein Medical Center estaban muy por encima de todo aquello.

Clive necesitaba constantemente tener el control. Ejercer su control a todo aquel que lo rodeaba. Sentirse poderoso y, de paso, alimentar su ya acrecentado ego. Si controlaba a los demás, lograría controlarse a sí mismo. Era una ecuación pragmática, como que dos más dos son cuatro. Así funcionaba la retorcida mente del doctor Wilson.

Al llegar a la habitación 423, Jim le cerró el paso a Clive.

—¿Qué coño haces?!

—No la atosigues mucho, ¿vale? Está muy asustada.

«¡Haré lo que me plazca, capullo! ¡Ella es mía!»

Clive frunció el ceño.

—Aparta —inquirió retirando el brazo que le impedía entrar en la habitación.

—Venga, Clive... dale un respiro.

—Tengo ganas de verla.

—Ja, ja, ja... y de otras cosas, ¿no? En seis meses debes de habértela cascado de lo lindo.

Clive le cogió del cuello de la camisa y lo estampó contra la pared.

Jim levantó las manos en señal de rendición mientras se ponía de puntillas tratando de abrir la boca para respirar con normalidad.

—Te advertí de que un día te partiría la cara, no hagas que ese día sea hoy.

—Perdona —dijo tragando saliva costosamente—, ha sido una broma estúpida.

Clive clavó sus ojos en los de color avellana de él y luego lo soltó con desprecio.

—Tú lo has dicho: una estúpida broma.

—Joder, Clive... relájate...

Éste bufó por la nariz con fuerza.

—Tu mujer está viva, ¿qué más puedes pedir?

Negó con la cabeza y, resoplando como un animal, abrió la puerta para entrar.

Jim, en cambio, se quedó en segundo plano y, tras unos instantes, descendió a la planta baja, a su puesto como jefe de urgencias.

Clive cerró la puerta a sus espaldas.

Noah estaba sola en la habitación, mirando a través de la ventana. Al oír unos pasos que se acercaban, se giró alimentada por la curiosidad.

Se quedó observando en silencio a aquel atractivo médico, de penetrante mirada azul, de pelo ondulado y negro, que la miraba como si la conociera de toda la vida.

—Me conoces —afirmó ella dando unos pasos al frente—, lo veo en tus ojos.

Clive reconocía que estaba muy tenso. Una gota de sudor empezó a surcar su frente.

Por su bien, ella no debía reconocerlo o, de lo contrario, estaba sentenciado. El intento de asesinato con premeditación y ensañamiento ocurrió en la ciudad de Nueva York y, por lo tanto, le sería aplicada la pena máxima, según la ju-